Uba Qynza

Pedagogía

Por Natscheilly Torres
y Sergio Ramírez

Introducción

El camino de la Semilla Colibrí

La palabra es creadora, no solo nombra y comunica, también da vida a eso sobre lo que se está hablando. Este antiguo axioma del pensamiento humano, registrado en muchos de los mitos de creación de las diversas y antiguas culturas del mundo, y que ha sido al tiempo gloria y fracaso para poetas y escritores, aparece una vez más como una premisa de acertada precisión.

Uba Qynza - Semilla Colibrí, es un nombre que no escapa a este enunciado. Al vocalizar esta palabra, al exhalar este sonido, ejercemos un acto creativo en el que invocamos al espíritu de esta pequeña y maravillosa manifestación de la naturaleza, el colibrí, para dar luz al telos, y definir el oriente de esta experiencia de aprendizaje y desarrollo humano que estamos caminando. Lo hacemos en muyscubum, la lengua de los muyscas, antiguos habitantes de los valles, humedales, páramos y bosques de niebla de la sabana cundiboyacense y sus alrededores. De esta manera conectamos con la memoria del territorio en el que vivimos, cuyo espíritu abuelo que enseña a habitarlo, es Qynza, el colibrí, razón por la que los antiguos muyscas se llamaban así mismos gente colibrí.

Cómo el colibrí no hay ninguna otra ave. Aunque pequeño de cuerpo, su esencia es muy grande. De él podría decirse que es casi sólo corazón. Para hacer posible las más de 1000 palpitaciones por minuto, el colibrí necesita del dulce néctar de las flores, a quienes poliniza y ayuda a reproducirse. Su vida depende de las plantas, y la vida de ellas depende en muchos casos, única y exclusivamente de él. Gran variedad de plantas nativas de vital importancia para los bosques, como bromelias, clusias, heliconias, borracheros, entre otras, tienen como su único polinizador al colibrí; razón por la que existen muchas especies de esta pequeña ave, con diversidad de formas y tamaños de picos, con los que logran alcanzar el néctar y llevar el polen de una hacia otra flor. Del colibrí podría decirse es casi sólo corazón. Corazón de ágil volar, que acorta las distancias, conecta las direcciones y une al cielo con la tierra. Corazón de inagotable energía que, aunque diminuto, despliega todo su potencial y plenitud. Corazón que extrae el dulce, para llenar el espacio de canto, color y alegría, en total entrega al servicio a la vida.

Al bautizar a esta propuesta de desarrollo humano como Uba Qynza - Semilla Colibrí e invocar la fuerza y esencia de este maravilloso ser, estamos definiendo un camino de vida, de humanidad, para las niñas y los niños de nuestra comunidad educativa, y por su puesto para nosotros como sus acompañantes. En este camino, niños y adultos nos reconocemos como semillas, seres en estado potencial, con la capacidad de crecer, expandirnos, desarrollarnos y evolucionar. Para ello buscamos experiencias de aprendizaje que poco a poco nos permitan adentrarnos en el camino de escuchar nuestro corazón; de él extraer el dulce, la esencia, para mirar y encontrar las virtudes y cualidades del ser interior, la pasión y el gusto por aprender, el amor, la alegría y la sencillez de vivir y ser. Y desde este lugar, poder discernir, y mirar lo que nos sirve y lo no nos sirve, para manifestar nuestra plenitud hacia todas las direcciones, al servicio de la vida. Este es, como decíamos, el telos de nuestra propuesta pedagógica.

El texto que aquí nos convoca nace con el objetivo de poder explicar a toda la comunidad los fundamentos pedagógicos de nuestra propuesta, a partir de los cuales es posible permitir experiencias de aprendizaje y desarrollo para que las niñas y los niños de Uba Qynza encuentren el camino de la Semilla Colibrí. Para los adultos, quienes hemos sido educados en sistemas convencionales de educación escolar, mirar esta otra forma de pensar el aprendizaje y la educación, sin duda implica profundizar y reflexionar en muchas creencias culturales de nuestra época que se han hecho vida adentro y nos habitan. Pero de esto nos esta hablando el camino de la Semilla Colibrí, de darnos la oportunidad de preguntarnos qué de aquello que hemos aprendido nos ha servido para el desarrollo de nuestro ser profundo y para el cuidado de la armonía de la vida, y así desaprender y volver a recordar el camino. Esta es la invitación.

Pedagogía de la Semilla

I

Para nosotros el arte de criar niñas y niños, el arte de acompañar el desarrollo de seres humanos no es muy diferente al oficio del sembrador. Educar es cultivar, cuidar de un ser para que pueda desarrollarse plenamente. Madres, padres y acompañantes, somos sembradores de humanidad. Preparamos y abonamos el terreno, sembramos la semilla, cuidamos de sus primeros brotes, regamos agua en días de sol, hacemos zanjas y drenajes para los días de lluvia, volvemos a abonar, alejamos a las plagas, y así poco a poco vamos cuidando del ambiente durante cada una de sus primeras etapas de crecimiento, mientras se desarrollan por sí mismos, con la esperanza de que encuentren el profundo conocimiento de la vida que los habita, y puedan en edad madura florecer para hacerse fruto y entregar su semilla.

∞La semilla∞

Como sembradores nos encargamos de cuidar la semilla, esa diminuta estructura de la vida que guarda dentro de sí toda la promesa de un ser y al tiempo toda la promesa de la vida. La Semilla contine el profundo conocimiento de la naturaleza de la vida de producirse a sí misma, desarrollarse, relacionarse, transformarse y continuar. Ella nos muestra que la vida es movimiento en espiral, un proceso cuyo fin último es la vida misma.

Cuando las condiciones del ambiente son las adecuadas, de la semilla nace un nuevo ser, el cual, como cada una de las manifestaciones de la naturaleza, es único e irrepetible. Este ser germina, crece, se expande, en su relación con el entorno experimenta, aprende, se produce a sí mismo, madura, desarrolla su potencial, florece, da frutos y nuevamente es semilla, que vuelve a germinar. La semilla es fruto y origen. Es el fruto del aprendizaje de un ser, la versión actualizada del largo linaje de una especie. Y al tiempo es el germen, el origen, del que crece y se forma una vida, que lleva este conocimiento para desarrollarse a sí mismo, mejorarse, transformarse, modificarse, hacerse fruto y volver a actualizar el camino de su linaje y de su especie, a partir de su propio proceso de crecimiento y aprendizaje.

Esta capacidad del ser de producirse a sí mismo, de desarrollar su potencial y evolucionar, es posible a partir de la experiencia, de la relación directa con todo aquello que lo rodea. Todo alrededor es alimento para desarrollarse y crecer. El sol, el agua, la tierra, el aire, la temperatura, la humedad, las especies y los individuos que lo rodean, la casa, la familia, la cultura. La semilla sólo puede germinar en las condiciones adecuadas y la vida del ser que allí germina, seguirá dependiendo de la calidad de estas condiciones. Esta es una relación simbiótica. El ser está en íntima y constante relación con este entorno el cual le ayuda a modificarse y al tiempo él modifica.

De estas maravillosas cualidades de la naturaleza de la vida simbolizados en la semilla, se origina nuestra propuesta pedagógica, la Pedagogía de la Semilla. Para nosotros, los seres humanos somos semillas, seres que a partir de la experiencia, la relación y la conexión con el entorno, tenemos el potecial de desplegar todo el conocimiento profundo de la vida para formarnos a nosotros mismos. Como las semillas, tenemos la habilidad, la inteligencia y el conocimiento de generar intercambios y flujos internos a través de los cuales acomodamos y ordenamos el conocimiento de la vida para crecer, desarrollarnos, mantenernos, repararnos, transformarnos, madurar, desarrollar nuestro potencial y dar fruto; ese propósito, esa vocación personal que cada uno de nosotros ha venido a desarrollar en su experiencia e interacción en este bello planeta. Y aunque cada semilla puede dar frutos diferentes, todos podemos volver a ser semilla y continuar con el flujo de la vida. Como la semilla, desde el lugar, la vocación, el propósito que a cada uno le corresponde, venimos a cuidar la vida.

Para la Pedagogía de la Semilla, el arte de acompañar el desarrollo de niñas y niños, es el arte de cuidar la semilla, ese conocimiento de la vida que habita adentro de cada niña y cada niño, el

programa interior que trae cada uno; para que germine, crezca, se labre a sí mismo y se modifique, madure, encuentre su lugar y pueda, en concordancia con la vida que brota de sí y con la vida que lo alimenta, cuidar la vida.

∞El programa interior∞

Cuidar de la semilla es cuidar del programa interior que ella trae, es decir, respetar el proceso de maduración natural del ser. Los humanos tenemos un proceso de desarrollo paulatino, etapa por etapa. Como las plantas, debemos desarrollarnos y crecer, sacar brotes y cogollos, enraizarnos bien, antes de volvernos flor y producir fruto. La infancia y la niñez son etapas fundamentales de enraizamiento y formación del ser. Bien es cierto que cada ser humano es único, tiene su propio ritmo y goza de características exclusivas en su desarrollo. No obstante, hay un crecimiento natural que todos vivimos, independientemente de nuestras singularidades. Para la Pedagogía de la Semilla, como sembradores de humanidad, tenemos la responsabilidad de cuidar el desarrollo de este programa interior de la semilla, de respetar y permitir la maduración adecuada en cada una de sus etapas de crecimiento.

Para cuidar de estas primeras etapas de la vida es fundamental permitir que las niñas y los niños tengan *experiencias vitales* a través de las cuales puedan aprender por sí mismos, es decir, experiencias autónomas, prácticas y concretas que surjan en su interacción motriz y multisensorial con la realidad. Las *experiencias vitales* de aprendizaje durante los primeros 13-14 años de vida

son determinantes en la formación física, emocional, cognitiva y psiquíca del ser. Durante estos años se establecen las bases para el desarrollo de un pensamiento complejo, autoreflexivo, empático e interconectado, el cual permite a cada ser lograr una consciencia profunda de conexión consigo mismo y de unidad con la vida.
Entre los 0 y 3 años de vida de los seres humanos hay un trabajo muy activo de las áreas bajas del cerebro, como el sistema reticular encargado de la vigilia y el sueño, y el sistema límbico asociado con los movimientos y sentimientos impulsivos e institivos correspondientes a nuestro lado animal, a partir de los cuales nos relacionamos con el entorno para expresar nuestras necesidades esenciales y auténticas de esa etapa de la vida. Es desde este lugar institivo e impulsivo que inicia la formación y comprensión del sí mismo, la cual en esta primera parte de la vida goza de un marcado carácter egocéntrico. En este periodo tenemos una frecuencia cerebral baja, en el que predominan las ondas Delta (entre 3,5 -4 Hz) características del sueño, de la relajación profunda y de la actividad inconsciente. Justamente esta es una etapa en la que estamos aprendiendo de manera incosciente, a partir de la imitación, todo lo que está en nuestro entorno cercano, dejando registradas en nuestro ser cada una de las experiencias vividas.

Durante estos años, poco a poco gracias a la estimulación autónoma y espontánea de los sentidos y al desarrollo del movimiento del cuerpo, desde las áreas bajas del cerebro se empiezan a generar los primeros enlaces y conexiones con estructuras superiores del cerebro. Por ejemplo, en el caso de un bebé cuando esta aprendiendo a caminar, se ha demostrado que no sentarlo, ni levantarlo o hacerlo caminar y sí permitirle hacer el esfuerzo por sí mismo de levantarse, encontrar el equilibrio y mover las piernas, es clave para que el lóbulo prefrontal, asociado con comportamientos humanos

complejos como la capacidad de anticipar, elegir, autoregular la conducta social y emocional, y poder solucionar problemas; empiece a generar sus primeras interacciones neuronales.

Paulatinamente, gracias al desarrollo motriz y sensorial que se va gestando, vamos aprendiendo a regular nuestras funciones vitales y nuestro ciclo circadiano; aprendemos a dormir, a comer, a ir al baño, a jugar.

Alrededor de los 3 años y hasta los 6-8 años la imitación sigue siendo una herramienta de aprendizaje muy utilizada. Sin embargo, sí no se ha perdido el acceso a actividades espontáneas con la realidad y se ha estado en un ambiente que permita la exploración autónoma, la imitación solo será un primer paso para los experimentos y creaciones propias. En está época de la vida empieza a hacerse el tránsito entre la casa y el jardín. Cada niño y niña, si ha gozado de un entorno amoroso y seguro, desde un lugar muy emocional explorará de manera vigorosa el mundo y los seres que lo rodean. En un entorno con acuerdos y límites claros y amorosos, durante esta etapa de la vida cada ser empezará a ampliar su comprensión de sí mismo a partir de su relación con los demás y con los espacios que habita.

En estas edades la conectividad entre las áreas bajas y altas del cerebro, en la medida en que haya interacciones directas y espontáneas con la realidad, seguirá incrementándose. Exploraciones a través de los sentidos y el movimiento, como por ejemplo, tocar con las puntas de los dedos y manipular objetos, son fundamentales para que desde las áreas límbicas se envien mensajes a la corteza cerebral, haciendo posible el desarrollo de la percepción y la imaginación, y abriendo caminos de conexiones neuronales con los hemisferios del cerebro. Asímismo, esta estimulación

natural de las áreas límbicas (en las cuales se encuentran las amígdalas) a partir del movimiento del cuerpo y la exploración sensorial, es fundamental para propiciar la motivación y poner en marcha la regulación de las emociones, el desarrollo de la atención y de la memoria. En general, esta comprobado que el movimiento del cuerpo genera gran cantidad de sinapsis, siendo vital en estas edades de la vida para la adecuada maduración de la motricidad gruesa y fina, la coordinación, el equilibrio, la regulación de la energía, la lateralidad, la propicepción, lo cual resulta fundamental en el proceso de maduración del sistema nervioso central.

De esta manera, las áreas bajas del cerebro seguirán generando mayores conexiones especialmente con el hemisferio derecho asociado a la intuición, las emociones y los elementos incoscientes, el cual en comparación al hemisferio izquierdo desarrolla mayores enlaces con las otras áreas neurológicas del cuerpo. También se irá intensificando la frecuencia de las ondas cerebrales, llegando a las llamadas ondas Theta (entre 4 y 8 Hz), las cuales están asociadas a estados de sueño superficial o ensueño, a estados de meditación o hipnosis profunda. Esta actividad cerebral de frecuencias bajas y de cada vez mayor actividad del hemisferio derecho cómun durante el primer septenio, permite que se siga guardando en nuestro inconsciente cada una de las experiencias vividas, las cuales al quedar absolutamente registradas, determinarán las bases de la salud psíquica, emocional y social para el resto de la vida.

A partir de los 6-8 años de vida, en la medida en que el desarrollo motriz y sensorial del cuerpo así como la regulación de las funciones vitales haya ido madurando, la conexión entre hemiferios a través del cuerpo calloso empieza a estar más activa, incrementándose el funcionamiento del hemisferio izquierdo asociado al desarrollo lenguaje, la cognición y las habilidades abstractas, y el

cual hasta esa etapa ha establecido relativamente pocos enlaces con las estructuras bajas del cerebro. Este mayor flujo neuronal entre estructuras bajas y altas del cerebro también está asociado al incremento de la frecuencia de las ondas cerebrales, las cuales empiezan a llegar hasta la vibración Alfa (entre 8 y 13 Hz), registros que normalmente se relacionan con experiencias de hipnosis ligera y de soñar despierto. Estos cambios neurológicos que se empiezan a experimentar en el sistema nervioso central, son fundamentales para que en cada ser empiece de a poco a crecer la consciencia sobre sí mismo, sobre el comportamiento propio, sobre su relación con los demás y con el espacio social.

Si bien el inicio de esta etapa puede empezar en algunos desde los 6 años y en otros desde los 8, estos primeros años son de transición. En la medida en que el sistema nervioso central vaya enriqueciendo sus sinapsis entre las áreas bajas y altas, y las haga más estables y constantes, el ser empezará a sentir de manera más clara su individualidad en relación con el mundo. En muchos casos, por no decir que en todos, las niñas y niños de 9, 10 y 11 años (según el ritmo de cada uno), entran en un momento de confusión y crisis, en tanto entienden que cada vez más se alejan de este primer periodo de la infancia. Lo expresan de diferentes maneras, con rebeldía, con molestia y enfado con los adultos cercanos, expresando las injusticias del mundo, iniciando con reflexiones existenciales de la vida o expresando miedos y temores que cuando eran más pequeño habían aparecido y que ya se habían superado. Este momento si es bien acompañado, con el respeto, amor y cuidado del adulto, sin descuidar la necesidad de mantener ambientes relajados a partir de acuerdos que armonicen el espacio y las relaciones, será una gran oportunidad para el ser de crecer en autonomía y responsabilidad en la vida. Es un tiempo en que la presencia de calidad por parte del adulto sigue siendo fundamental, especialmente si él le permite al pequeño aprender desde la

experiencia, si le ayuda sin hacerle o resolverle, si lo deja aburrirse, y si le acompaña acertivamente y en la mayor calma y dulzura posible, sus emociones fuertes.

Seguir permitiendo interacciones prácticas con la realidad durante estos años de vida, teniendo en cuenta que cada vez va haber mayor conexión del lado impulsivo e institivo con de los aspectos emocionales e intutivos y con la cognición, es un camino seguro para que los condicionamientos y los aprendizajes que se han vuelto automáticos e incuestionables, así como los comportamientos de miedo, ira, rebelión, entre otros, puedan ser revisados y reflexionados desde criterios y categorías propias. En la medida en que continue la exploración práctica con la vida, todo aquello que se va comprendiendo a través de las experimentación personal con la realidad exterior se irá complejizando gracias a la conectividad cada vez más estable entre las áreas bajas y altas del cerebro, lo cual es a su vez una conectividad entre los aspectos físicos, emocionales, sociales y psíquicos del ser. De esta manera cada ser podrá sacar sus propias conclusiones, y así ir tejiendo un pensamiento propio y formando su identidad individual.

Gracias a la posibilidad de tener experiencias de vida a partir de interacciones directas y multisensoriales con el entorno se da paulatinamente esta maduración natural del ser. Garantizar interacciones con la vida es hacer posible que el aprendizaje sea un proceso de interconexión que va y viene entre el interior y el mundo, entre lo concreto y lo abstracto, entre la práctica y el conocimiento, para que cada ser pueda, en su ritmo personal y en concordancia con sus diferentes etapas de desarrollo, ir conectando consigo mismo y con los demás, hacerse responsable de su vida y de su lugar como miembro de una familia, una comunidad, un territorio y del planeta, y de esta manera ir labrándonse a sí mismo en conexión con la vida. Permitir *experiencias vitales* de

aprendizaje (autónomas, prácticas y concretas con la realidad) es confiar en la programación interior, en la naturaleza del desarrollo humano, en el camino propio de cada semilla; es confiar en la maestría de la vida.

Con *experiencias vitales* de aprendizaje la conectividad entre los diferentes aspectos del ser relacionada con el paulatino incremento de la actividad entre de las áreas bajas y altas del cerebro seguirá madurando hasta la edad adulta, y desde de ahí en adelante dependerá de cada uno seguir gozando de esta plasticidad neuronal para nunca dejar de aprender.

Para la Pedagogía de la Semilla, los seres humanos gozamos de una condición de organismo abierto, inacabado, que cuenta con una innata y casi ilimitada habilidad de aprendizaje. En cada situación de la vida hay una gota de experiencia que podemos transformar en aprendizaje, y en la medida en que estas gotas de experiencia se van acumulando, podemos seguir tejiendo el conocimiento sobre nosotros, sobre lo otros y/o sobre nuestro entorno; conocimiento a patir del cual vamos esculpiendo nuestro sentir, pensar y actuar, a labrar nuestro ser para que, poco a poco, vayamos dotando de sentido nuestro camino personal y la vida misma. Mirar la oportunidad que tenemos como humanos de aprender de la experiencia para corregir nuestros errores y así modificar, renovar y actualizar nuestros conocimientos, es el camino para aprovechar por el resto de la vida la maravillosa habilidad de aprendizaje que tenemos al servicio de nuestro propio desarrollo y evolución, y de esta manera, desplegar en plenitud nuestro programa interior.

II

Como sembradores de humanidad nos dedicamos a preparar la tierra fértil para sembrar la semilla y cuidar de su crecimiento. Sembrar una vida humana y cuidar de ella es un acto de profunda responsabilidad. Como todo acto de cuidado por la vida, si se asume con amor y compromiso la cosecha llegará, y se verá tanto en el ser que cuidamos como en los nuevos aprendizajes y los profundos conocimientos que la experiencia y el proceso traen para uno mismo. Asumir esta responsabilidad con presencia y consciencia es el llamado que hacemos desde la Pedagogía de la Semilla para cada una de las sembradoras y los sembradores de humanidad.

Tal vez el simple acto de poner la semilla en tierra y dejar que germine, es sencillo. Pero si se va a sembrar, mucho mejor si se prepara con antelación el terreno; pidiendo el permiso, haciendo los surcos y abonando con buen alimento. Desde entonces ojalá nunca descuidar ni dejar de acompañar el proceso de desarrollo del ser que de la semilla ha brotado, porque del sembrador dependerán las condiciones del ambiente, y por tanto la calidad de su entorno de crecimiento. Sí en temporadas de sol no se riega, se puede secar. Sí se siembra en un sistema sin drenaje y

filtración, en temporadas de lluvia se puede podrir. Sí la tierra no está bien abonada o sí no se cuida de las hormigas, babosas, gusanos y demás peligros relativos que están en el ambiente y que pueden afectar rotundamente el desarrollo de sus brotes y raíces, el ser no crecerá plenamente.

El ser que brota de la semilla y su programación interior, dependen de un entorno físico, emocional, social y psíquico adecuado para su desarrollo. Madres, padres en primer grado y acompañantes pedagógicos y comunidad en segundo grado, tenemos la responsabilidad como sembradores de preparar y cuidar adecuadamente ese entorno de crecimiento, en concordancia con las necesidades auténticas de desarrollo en cada una de las etapas de la niñez.

∞Acompañando∞

Para la Pedagogía de la Semilla madres y padres son los primeros responsables del proceso de desarrollo de sus hijos e hijas. La casa es el núcleo central y primer ambiente de aprendizaje. El crecimiento de la semilla depende absolutamente del cuidado y la armonía que en la casa se cultive.

Entendemos que el capitalismo nos ha enajenado de roles humanos fundamentales. Uno de ellos es la crianza y el acompañamiento de calidad a las hijas e hijos. Hoy en día está naturalizado que esta función social fundamental de las madres, los padres y la familia le corresponde a las instituciones que el sistema ha creado para ello: los jardines de infancia y las escuelas. De esta

manera, los adultos descargan esta responsabilidad y tienen más tiempo para sus labores productivas. Hoy, incluso, se ha vuelto más perversa esta enajenación. En la sociedad neoliberal del S. XXI, en nuestra condición de consumidores y en correspondencia con la cada vez mas variada diversidad del mercado que todo lo coopta, inclusive lo alternativo, lo verde y lo sustentable; pareciera que vivieramos en una aparente libertad, en la que sentimos que podemos escoger y utilizar el dinero, producto de nuestro tiempo y trabajo, para satisfacer una gran cantidad de deseos que no corresponden a necesidades humanas profundas. Inmersos en esta lógica nos sumergimos en nuestro mundo laboral, en nuestras iniciativas, proyectos o emprendimientos, con todo el entusiasmo y el positivismo para lograr aquello que queremos, maximizando nuestra eficiencia laboral, y llegando a estados de auto-explotación y elevado cansancio en nombre de nuestra propia libertad. En esta condición de exceso de eficiencia y cansancio, seguimos enajenados de las prioridades de la vida, llegando a descuidar a los hijos, a la familia, la salud y la alimentación. En nuestra experiencia como acompañantes de niñas y niños es algo que hemos podido observar: padres y madres que gozan de tiempos reducidos para acompañar a sus hijos e hijas, como consecuencia de la gran cantidad de compromisos laborales y sociales, y también de las distracciones de la sociedad del consumo y el entretenimiento, y no obstante, aludiendo al gozo de aquella mal llamada libertad.

Para nosotros es esencial decir que el lugar que ocupa la madre, el padre y la casa en el desarrollo de las niñas y niños es fundamental, y si tenemos una intención real por transformar la práctica educativa y además queremos hacer una transformación de los patrones hegemónicos que gobiernan nuestras subjetividades, los invitamos seguir reconociendo y asumiendo esta responsabilidad humana.

La Pedagogía de la Semilla es un apoyo para el acompañamiento del desarrollo de las niñas y los niños, un apoyo que ayuda a orientar esta labor humana que tienen en casa madres y padres. Al tiempo, esta pedagogía brinda la posibilidad para que haya un espacio paralelo en el que los pequeños puedan continuar su proceso de aprendizaje en compañía de personas que se caracterizan especialmente por su calidad y ejemplo humano; y de esta manera, descargar a los adultos para que cumplan esas otras responsabilidades de la vida, en las que inevitablemente estamos imbuidos. No obstante, esta labor que como pedagogos podamos realizar con los niños y las niñas en este espacio paralelo, dependerá de la comprensión, el acogimiento y la confianza hacia esta propuesta por parte de las madres y padres, de la presencia física, la dispocisión emocional y en general de todos los tiempos de calidad que en casa se destinen para acompañar, y del trabajo articulado que se establezca entre la casa y la pedagogía.

Ahora bien, asumir esta responsabilidad, además de llevarnos a meditar sobre las prioridades de la vida, la forma en que organizamos nuestros tiempos, el nivel de explotación de nuestros trabajos, entre las muchas otras reflexiones que nos puede traer a nivel laboral, económico y material; tiene el inmenso y hermoso reto de adentrarnos en un profundo camino de sanación y transformación interior.

Este es un camino que, por un lado, nos lleva revisar los diversos patrones mentales dominantes sobre la infancia y la niñez, la familia, la educación, las relaciones y la vida en general, los cuales se han enraizado y se han hecho inconscientes en nosotros al haber estado en nuestros ambientes de aprendizaje como algo natural e incuestionable desde que eramos pequeños. Por otro lado, que

no excluye lo anterior, es un profundo proceso de revisión, transformación y sanación interior, sí se reconoce que acompañar el proceso de desarrollo de los hijos y las hijas es una gran oportunidad que nos da la vida para poder mirarnos y aprender de nosotros mismos. Durante este tiempo que venimos acompañando procesos de desarrollo y aprendizaje siempre ha sido fabuloso mirar en los niños y las niñas comportamientos y caracteristícas de su personalidad en las que inevitablemente encontramos y observamos a sus madres y sus padres, de quienes heredaron su linaje, y de quienes desde el vientre y durante toda la niñez han aprendido de su ejemplo, porque para ellos no hay modelo más importante e influyente.

Tal vez este es uno de los aspectos más maravillosos de la crianza y del acompañamiento en casa, y sin duda podría ser para los adultos que están en la búsqueda de un mejor vivir, una gran oportunidad e inspiración para su crecimiento y evolución. La crianza y el acompañamiento pedagógico de los hijos y las hijas es una medicina profunda y perfecta para las madres y padres sembradores. En ellos pueden observar su propia luz y todo aquello que la eclipsa, porque los niños y niñas en su espontaneidad e inocencia son el reflejo puro de quienes los han criado.

Este proceso de auto observación a través del crecimiento de su propia semilla, sólo es posible que se geste sí la madre y el padre se reconocen en su humanidad, miran sus debilidades y aceptan que son como el agua, a veces clara y transparente, a veces turbia y obscura. Porque hay ocasiones en las que la ilusión de creernos mejor de lo que somos, nos domina, y en este estado de ceguera, nos separamos de la profundidad del ser. Al mirar las cosas desde este ilusorio patrón mental, sólo vamos a destacar en las hijas y los hijos aquello que nos engrandece, perdiéndonos de la maravillosa oportunidad que nos da la vida de mirar lo que hay en la sombra con nitidez y agudeza, y así

mejorarnos y crecer. Al caer en esta típica forma estamos, además, entregándoles a ellos este prolongado linaje de ceguera que nos hace incapaces de reconocer con humildad nuestros errores, nuestras debilidades, nuestros aspectos por mejorar, cultivando el enaltecimiento del Yo en detrimiento de la unidad y la conexión con la vida.

La crianza y el acompañamiento pedagógico de los hijos y las hijas es una medicina perfecta para las madres y padres sembradores. Desde la Pedagogía de la Semilla, los invitamos a este maravilloso y real viaje de auto-conocimiento y sanación, y así caminar por el sendero en el que la humanidad reverdece.

∞Cuidando la semilla∞

En nuestra propuesta pedagógica cuidar de la semilla es cuidar del ambiente en el que ésta germina y se desarrolla. De los adultos depende la vibración armónica, tranquila y relajada en la que queremos que los pequeños crezcan. Para tejer esta energía en el ambiente de crecimiento y aprendizaje, desde la Pedagogía de la Semilla proponemos partir de 3 principios fundamentales: 1) el cuidado de sí mismo, 2) el cuidado del otro y 3) el cuidado del entorno que habitamos. Si bien puede parecer que estos valores son distintos, realmente hacen parte de un mismo y único valor humano fundamental de cuidado de la vida. No obstante, al enunicarlos de esta manera

ejercemos un acto de consciencia en el que comprendemos que cada una de nuestras acciones y comportamientos puede tener una repercusión en estos 3 niveles.
Nuestra labor como acompañantes está en cuidar del sostenimiento de estos principios de vida, los cuales nos van a permitir satisfacer nuestras necesidades auténticas y la de los niños, como el amor, el respeto, la alimentación, la salud física, emocional, social y psíquica, el gozo de vivir con autonomía y responsabilidad, y la alegría de aprender y crecer. A partir de estos principios de vida podemos empezar a tejer los acuerdos que nos ayudarán a habitar un ambiente adecuado para el desarrollo humano.

Madre y padre son los primeros encargados de tejer los acuerdos de forma consciente y de hacerlos vida. Cuando hablamos de la crianza, es importante reconocer que la relación entre la madre y el padre antecede a la relación con los hijos y/o hijas, razón por la cual los acuerdos de vida que se tejan en esta relación primordial van a ser fundamentales en el desarrollo de la semilla que ellos han sembrado. Los acuerdos que como pareja tejan, en tanto los reconozcan y los encuentren como un camino para vivir bien consigo mismos, con los demás y con todo lo que les rodea, tejerán la energía de la casa en la que su(s) hijo(s) y/o hija(s) se desarrollarán. Esto es vital incluso en parejas separadas. Si bien las diferencias entre estas parejas pueden dificultar el proceso, lo recomendable es que al menos puedan tejer los acuerdos fundamentales que sostendrán en cada una de sus casas para el desarrollo de sus semillas, de manera que haya un acompañamiento coherente por parte de los adultos.

En un entorno que ha sido preparado con acuerdos para el cuidado, los niños y las niñas sentirán los beneficios y la seguridad en la calidad del ambiente, e interiorizaran desde la experiencia estos

valores fundamentales para el cuidado de la vida. Desde la Pedagogía de la Semilla generalmente proponemos que en casa y en los ambientes de aprendizaje, al menos existan acuerdos sobre el cuidado personal y la forma en que nos alimentamos, sobre cómo nos relacionamos y nos comunicamos, y sobre el modo en que queremos tener el espacio que habitamos y las responsabilidades que ello conlleva.

En sus primeros años de edad los niños y las niñas percibirán estos acuerdos en la energía que los acompaña, la cual se sostiene en la práctica con sentido, con compromiso y con coherencia por parte los adultos. Madre y padre son quienes a través de su comportamiento brindan el ejemplo y ayudan a formar las maneras con las que su(s) hijo(s) y/o hija(s), a medida que van creciendo, se van a relacionar con su propio ser y con el mundo. Este sostenimiento de los acuerdos desde el ejemplo es vital si tenemos en cuenta que los niños y las niñas no atienden necesariamente a lo que su madre y padre dicen, sino a lo que ellos hacen y sienten, razón por la cual muchas veces no sólo se trata de recordar el acuerdo desde la palabra, sino en hacerlo vida desde el sentir y la acción propia.

Miremos esto en un ejemplo. Dentro de los acuerdos que proponemos sobre cómo nos relacionamos y nos comunicamos están el acuerdo de tratarnos con palabras bonitas y con tono dulce. Sí en varias ocasiones los adultos no cumplen este acuerdo al hablar desde un lugar de poco cariño y tranquilidad o incluso llegan a utilizar el recurso del grito para hacerse escuchar por su pareja o por su(s) hijo(s) o hija(s), no podemos esperar que este acuerdo sea cumplido por ellos y que en alguna ocasión también hagan uso de este recurso para reaccionar o hacerse escuchar, además de las secuelas en lo emocional, lo cognitivo y lo fisiológico que podemos generar en los

pequeños con este tipo de comportamientos. Ante estas situaciones el acuerdo es un gran aliado. En tanto ha sido tejido con consciencia, uno mismo o los otros pueden ayudar a observar que este tipo de comportamientos no hacen parte de lo que se ha tejido, razón por la cual en otro momento, cuando se esté en calma y tranquilidad, y se haya reflexionado sobre lo sucedido, podemos entrar a comunicar mejor aquello que se quería decir y de paso solucionar, con la posibilidad de ser un ejemplo en reconocer el error y corregirlo, pedir perdón y sanarlo. Cuando ocurren estas situaciones incluso se puede aprovechar para construir como parte del acuerdo la forma en que se va a proceder para solucionarlas.

Si bien, en los primeros años de vida estos acuerdos serán experimentados como una energía que está en el ambiente y que los adultos cuidan con su comportamiento, en la medida que empiece a ser necesario para el proceso de desarrollo, poco a poco podrán aparecer de una manera más explícita para los niños y las niñas.

Miremos esto con un poco más de detalle. Una alimentación variada, equilibrada, nutritiva, sana y consciente es fundamental para el desarrollo de los niños y las niñas. En términos de la crianza, es importante que en casa se cultive el ritmo, la energía y las condiciones adecuadas para asegurar un acercamiento cuidadoso a los buenos hábitos alimenticios. Los acuerdos son un gran herramienta para ello, razón por la cual siempre proponemos que los haya en los momentos de las comidas. Acuerdos como agradecer el alimento, comer un poco de todo, comer alimentos sanos, comernos lo que nos servimos, levantarnos de la mesa sólo hasta cuando hayamos terminado, han resultado desde nuestra experiencia como grandes aliados para cuidar de este aspecto fundamental de la vida de los niños y las niñas.

Como decíamos, los primeros en cultivar estos acuerdos deben ser el madre y el padre, siempre y cuando tengan sentido para sus propios procesos. Siendo bebés, las semillas aprenderán de los hábitos alimenticios que sus progenitores tengan. Ya desde el primer año de edad en adelante, los pequeños y pequeñas pueden gradualmente empezar a ser parte de los acuerdos. Primero, haciéndolos participes del hábito de hacer parte de la mesa e iniciar en familia el ritual de la alimentación con un agradecimiento. Entre los 2 o 3 años de edad, época en la que ya han madurado las funciones digestivas y metabólicas, pueden ir apareciendo acuerdos como comer un poco de todo y comerse lo que se sirve. Para ello como adultos debemos tener muy en cuenta el apetito y la cantidad de comida necesaria que el organismo a estas edades necesita para alimentarse, de manera que podamos asegurar que no se les está sirviendo más de lo que pueden. Asimismo, si bien es cierto que es importante que el acercamiento al alimento sea con gusto, hacer posible a través del acuerdo que los niños y las niñas tengan la posibilidad de probar un poco de todos los alimentos de una comida, asegura una alimentación variada y ayuda a cultivar una actitud de apertura frente al alimento. El gusto se construye socialmente y nuestras papilas gustativas se van regenerando alrededor de cada 2 semanas, razón por la cual, en la medida que haya mayor apertura desde pequeños, también habrá mayor gozo por la diversidad de alimentos. La experiencia con el alimento también va de depender del amor, la paciencia y la constancia con la que se acompañe este momento. Por su puesto que, además de unos acuerdos que nos ayudan a cultivar estos hábitos, para la construcción del gusto también va a ser muy importante la diversidad de formas en que se cocina los alimentos, el equilibrio que haya en las comidas entre frutas, vegetales, legumbres y cereales, la variedad que se lleve a la mesa.

Desde los 3 y 4 años edad puede ir apareciendo el acuerdo de levantarnos de la mesa sólo hasta cuando hayamos terminado el alimento. Si bien a estas edades todo el aparato motor aun está en pleno desarrollo, razón por la cual el acto de mantenerse sentado por tiempos prolongados cuesta trabajo, es importante que empiece a cultivarse la atención plena en el acto de comer, y de esta manera se entienda como un momento fundamental de la vida diara que se le da prioridad en relación con otras actividades como el juego, el cual puede esperar y goza de importantes cantidades de tiempo durante el día a estas edades. Además, normalmente es un momento que no toma más de 20 minutos, tiempo suficiente para estarse sentado a estas edades. Para ello es fundamental que durante el momento de comer no hayan distracciones como las pantallas, y que los adultos sean un ejemplo de atención, y cuando lo requieran, usen estrategías didácticas como las historias en torno a la comida, con las cuales puedan acompañar y hacer más interesante este espacio.

A parte de estos acuerdos que proponemos, según las circunstancias y las necesidades específicas, pueden aparecer otros acuerdos que en cada casa se tejan y que ayuden al cultivo de los buenos hábitos alimenticios. Acuerdos que respeten decisiones como el vegetarianismo o respeten condiciones especiales como las alergías u otras, serán muy importantes para el mantenimiento de una energía tranquila para estos espacios.

Observar el momento de desarrollo en que se encuentra cada niño y niña es fundamental para poder definir la manera en que en sus procesos van siendo importantes los acuerdos de vida. Ya lo hemos visto con el alimento. Así mismo sucede con los demás acuerdos. Por ejemplo, con los acuerdos de cuidado del espacio es muy vital ir reconociendo las capacidades de los niños para que

puedan ir asumiendo ciertas responsabilidades. Al principio, cuando tienen 2 o 3 años de edad, sólo bastará con que puedan volver a su lugar los juguetes y demás objetos con los que juegan, o los materiales como colores, crayolas y papeles, siempre con el acompañamiento y la orientación del adulto. Y a medida en que van creciendo, gradualmente se pueden ir construyendo acuerdos que les ayude a hacerse responsables de sus cosas y espacios como el tender la cama, ordenar y barrer el cuarto, doblar algunas de sus predas de vestir.

Hacia los 5 y 6 años de edad, en la medida en que estos hábitos de cuidado de sí mismo se hayan ido construyendo con ayuda de los acuerdos, será mucho más sencillo que los niños y las niñas empiecen a ser participes de las labores y responsabilidades para el mantenimiento del cuidado y el orden de la casa. Actividades como el lavar la loza, barrer, limpiar el polvo, poner a lavar la ropa, limpiar los baños, si tienen sentido para el colectivo, poco a poco podrán ser parte de acuerdos que ayuden al cuidado del espacio, de manera que como seres sociales que son, empiecen a ser una ayuda para los adultos y entenderse a través de la práctica, como parte de la comunidad a la que pertenecen. A estas edades no es necesario que dichas actividades queden absolutamente bien realizadas. Es importante entender que se está en un proceso de aprendizaje y en la medida en que la experiencia sea constante, ellos irán aprendiendolas hacer de los modos adecuados.

En el caso de los acuerdos sobre como nos relacionamos y nos comunicamos también es importante tener en cuenta el momento del proceso de desarrollo en el que se encuentran. Por ejemplo, el acuerdo de tratarnos con palabras bonitas y con tono dulce va a depender mucho de la forma en que madre e hijo(a) y padre e hijo(a) hayan tejido su comunicación desde el primer año de edad. El llanto es tal vez el primer recurso de comunicación que tiene un bebé. A medida que

el ser se va desarrollando es importante que los adultos vayan distinguendo entre el llanto de desahogo a través del cual quiere comunicar una necesidad importante y el llanto manipulador, a través del cual busca que se le solucione una situación, como por ejemplo obtener un objeto de deseo, el cual si no se le soluciona, tal vez como parte de su proceso él pueda aprender por sí mismo a alcanzarlo. Al distinguir con consciencia lo que el bebé está queriendo expresar, madre y padre pueden empezar a encontrar el camino a través del cual van a responder a dicha situación y al menos que sea algo muy urgente, siempre será bueno, con el debido acompañamiento emocional, permitirle llorar y a través de este recurso biológico, eliminar las toxinas que la situación le ha generado. Muchas veces se utilizan estrategías para querer evitar o cortar el llanto, el cual para los adultos requiere de un gran desarrollo de la paciencia; creando una comunicación que con el tiempo pueda ser pejudicial para ambos, llevando incluso a que más adelante el niño o la niña ya no sólo utilicen el llanto, sino otro tipo de comportamientos impulsivos e irasibles. Pero si se ha acompañado con la posibilidad de permitirle el llanto y de responder acertivamente lo que el bebé está comunicando, con el tiempo es probable que empiece a encontrar otras formas de comunicar, primero haciendo uso de los gestos y el cuerpo, y más adelante de las palabras.

Desde los 3 años de edad, ante situaciónes en las que un niño o niña recurra maneras impulsivas de relacionarse propios de la primera infancia, un acuerdo como esté podrá ser enunciado por el adulto para decirle con toda la tranquilidad que si en ese momento necesita expresar su emoción, está muy bien y que tiene todo el tiempo para ello, pero que sólo cuando la emoción haya enfriado y pueda expresarse en calma, esa necesidad podrá ser escuchada. Por supuesto que esto depende del tipo de necesidad que aparece en la situación, pero en la gran mayoría de ocasiones no se trata de un asunto con urgencia y puede ser tratado con la debida calma y cuidado. Un acuerdo como

estos también puede complementarse con el acuerdo de no relacionarnos a través de los golpes. A estas edades ésta puede ser una estrategia de expresión a la que el niño o la niña recurren en su relación con los demás, especialmente con otros pares o compañeros(as) mayores. No permitir estas situaciones y enunciar el acuerdo será muy valioso, más sin embargo es importante actuar con toda la comprensión para no entrar con represiones y castigos. En la medida en que ante estas situaciones se pueda resolver después de que la rabia y la frustración se hayan manifestado y se hayan enfriado, recurriendo al amor y el perdón, dejando en claro que el golpe no es una manera de relacionarnos, y ayudándoles a expresar sus emociones, con la práctica estos comportamientos irán desapareciendo.

A partir estas edades lo importante es a acompañar a que lo(s) niños y la(s) niñas vayan poco a poco, a lo largo de su infancia, encontrando esas herramientas que han aprendido y observado en los adultos, como la calma y la tranquilidad para la gestión emocional, el uso dulce de las palabras, los momentos acordados para hablar, la capacidad de reconocer las equivocaciones y de solucionar conflictos; de modo que puedan aprender a expresar y comunicar sus necesidades de una manera cuidadosa. Los acuerdos sobre como nos comunicamos y relacionamos que hemos enunciado y otros que pueda ser tejidos para cada proceso particular, son una gran ayuda para ello.

Durante los primeros 7 u 8 años de vida madre y padre, y demás adultos con quienes convivan, serán los encargados de tejer los acuerdos para ellos mismos y los pequeños. Como veníamos diciendo, en un proceso de crianza, muchos de estos acuerdos que se han tejido estarán en el ambiente y en el ejemplo de los adultos, y gradualmente irán apareciendo de una manera cada vez más explícita para lo(s) niño(s) y la(s) niña(s), en la medida en que el proceso de desarrollo de

ellos sea necesario. Si estos acuerdos siempre han hecho parte del espacio social de los adultos, no les será muy díficil a los pequeños poder entenderlos e incorporalos. No obstante, siempre es una posibilidad tejer un nuevo acuerdo o modificar alguno existente si hay alguna necesidad específica que se quiera abrazar. Ahora bien, independientemente de si son acuerdos anteriormente prestablecidos o si aparecen como parte del proceso de crianza, siempre es importante que lo(s) niño(s) y la(s) niña(s) sean comunicados sobre dicho acuerdo y su importancia, sin necesidad de explicaciones muy prolongadas al respecto.

Hasta estas edades no es necesario ellos tomen desiciones a la hora de tejer los acuerdos fundamentales. Sencillamente su relación con los acuerdos se dará basandos en la confianza y la seguridad que tienen hacia los adultos cercanos, y por tanto en amor y el cuidado que de ellos reciben. Durante este primer septenio de la infancia es importante que ellos sientan que la madre y el padre tienen el timonel, y son los encargados del cuidado de la energía de la casa.

Pero a partir de estas edades y en la medida en que en el proceso de cada niño o niña pueda ir siendo valioso, ya no sólo será pertinente que los adultos tejan los acuerdos sobre el bienestar de todos. Poco a poco ellos pueden empezar a ser parte de este tejido de los acuerdos y tomar desiciones sobre aquellas actividades o temas que los involucran. En estas edades ya es importante que empiecen a diferenciar entre aquello que han imitado y lo que ellos mismos pueden crear, para conectar cada vez más con su propia subjetividad. Asimismo, está es una gran oportunidad para que sean miembros poco a poco más activos dentro de los colectivos a los pertenecen y puedan desde la práctica con acuerdos en los que ellos mismos han participado, seguir aprendiendo a

través de la experiencia de la importancia de los acuerdos para el mantenimiento de espacios tranquilos para el desarrollo y el cuidado de la vida.

Una de las carcterísticas fundamentales de los acuerdos, es que nos ayudan a definir los límites del espacio en el que podemos desarrollarnos en libertad. Estos límites que nos define el acuerdo, no se negocian, en tanto han sido definidos pensando en el bienestar y el cuidado de la vida. Los acuerdos nos permiten en el momento en que tengamos que señalar un límite, que este no se entienda como la respuesta a un deseo individual y si en respuesta a un tejido colectivo, y de esta manera nos ayudan que desde un trato atento y cuidadoso, podamos tener una relación no directiva con los niños y las niñas. Claro está que hay ocasiones en las que poner el límite no necesariamente se remite a un acuerdo específico anteriormente tejido, más sin embargo, mientras esté en concordancia con los 3 principios de cuidado de la vida, el límite se pondrá desde alguna necesidad importante que tiene la persona para el cuidado propio, el cuidado del otro o el cuidado del espacio.

Los límites se ponen de manera firme, pero con dulzura y tranquilad, sin manipulación, sin premios y ni ningún tipo de "chantaje" afectivo. Poder decir "NO" antes ciertas situaciones, sin mucha explicación que reduzca la claridad en la experiencia del límite, es fundamental para que desde pequeños entendamos que hay ocasiones en la vida social en que las cosas no necesariamente son únicamente como uno quiere. Asimismo, en muchas ocasiones vivir el límite puede resultar doloroso. Esta experiencia emocional de llanto, grito y euforia, hay que permitirla sin ningún tipo de reacción negativa ante ella o de condescendencia ante el límite en respuesta a este momento no deseado, sencillamente hay que dejarla ser. Si esta experiencia del límite, aunque

sea dolorosa, se hace con amor y cuidado, los niños y las niñas percibirán esta energía y lo entenderán.

Partir de los 3 principios para el cuidado de la vida para construir acuerdos y definir los límites en los que podemos desarrollarnos con amor y libertad, es para la Pedagogía de la Semilla la primera condición necesaria para preparar el ambiente de desarrollo. La forma de acompañar que hemos descrito y ejemplificado no es una receta, más si una guía y un camino, que si se entiende en su esencia, puede ser llevado de una manera propia y tener sentido para cada una de las particularidades en los diferentes procesos de familia y crianza, y para los espacios de acompañamiento pedagógico paralelos que se construyan para los niños y las niñas.

Durante nuestra experiencia con niños y niñas, esta forma de crear una energía tranquila para su desarrollo, nos ha mostrado que es un gran aliado para permitir que la programación interior de cada ser pueda manifestarse. Con estos acuerdos podemos encontrar el equilibrio en la atención que les damos y de esta manera distingir los deseos de las necesidades auténticas del ser, establecer límites y en las situaciones que lo permitan, definir consecuencias naturales, que no son castigos, más si un devenir coherente del comportamiento que ha sobrepasado dichos límites. De esta manera, a través de la experiencia, a veces dolorosa, a veces frustrante, a veces aburrida, con la disponibilidad emocional, la actitud dulce del adulto, y el acompañamiento adecuado del proceso propio y del niño o niña según la edad, vayamos de a poco dejando de hacerles y solucionarles para que encuentren los caminos para hacer las cosas por sí mismos, aprendiendo a tomar desiciones, a tener apertura y comprensión ante las situaciones, a resolver y tener una acctitud activa y propositiva ante los problemas u obstáculos, reconocer sus desaciertos y equivocaciones, y crecer

en autocuidado, autonomía, responsabilidad y cooperación. Con esta energía creamos un ambiente para que cada ser pueda entenderse en su relación consigo mismo, con los demás seres, con el entorno y como parte constitutiva de él; y en su comprensión y labranza de sí mismo, gradualmente despierte y conecte con ese pensamiento de unión con la vida y con todo lo que le rodea, lo cual es parte esencial de nuestra naturaleza humana.

∞ El ambiente ∞

Nuestra labor como acompañantes de la semilla es crear las condiciones adecuadas para el ambiente de aprendizaje. Como hemos dicho, los 3 principios fundamentales para el cuidado de la vida, los acuerdos de los que allí se tejen y los límites que estos definen, son para La Pedagogía de la Semilla, la primera condición para un ambiente preparado, el eje central que mantiene la energía en armonía.

Ahora bien, para nosotros otra condición primordial para permitir el desarrollo del ser es que el ambiente esté preparado para hacer posibles *experiencias vitales* de aprendizaje (autónomas, espontáneas, prácticas y concretas con la realidad), que como hemos enunciado, son fundamentales para el proceso de maduración física, emocional, mental y psíquica del ser. El contacto con la naturaleza y el movimiento al aire libre, con las manualidades y oficios, con el arte y la música, con las historias y la literatura, con los haceres de la vida cotidiana y por su puesto el

juego libre y el juego cooperativo, es fundamental para un espacio en el que queremos que los niñas y las niñas despleguen a partir de experiencias profundas toda su alegría, su expresión creativa y su potencial humano.

*Naturaleza y territorio (proyectos)

*Juego libre

*Artes, oficios, historias- literatura. (ambientes de aprendizaje)

*Escuchar y observar (gustos, intereses. habilidades, cualidades)

III

Para la Pedagogía de la Semilla el arte de acompañar el crecimiento de seres humanos no consiste en alterar artificialmente, en acelerar el ritmo y ni apresurar el proceso de desarrollo de los niños y las niñas. El pensamiento hegemónico de la sociedad contemporánea se basa en una comprensión excesivamente racional y productivista de la vida. Hoy en día en la agricultura convencional dominan las prácticas de desarrollo artificial, en las que se modifican genéticamente las semillas para que pueda resistir los fertilizantes e insecticidas químicos, se desarrolle más rápido la planta, se pueda sembrar en monocultivos y sistemas sin diversidad, den fruto y grano en mayores cantidades, y no requiera de mucho cuidado humano. Esta forma de modificar artificialmente el programa interior de la semilla, afecta profundamente la calidad del crecimiento y del fruto de la planta, hasta el punto que el alimento que de ella se obtiene está generando graves consecuencias en la salud y el bienestar humano, y asímismo en la tierra y los ecosistemas.

∞ Sin afán ∞

Esto no es muy diferente en el pensamiento dominante sobre la educación que se ha adentrado y enraizado en los sujetos de la sociedad contemporánea, hasta el punto de codificar patrones mentales profundos en nosotros. Hay un afán por estimular el desarrollo de los pequeños a través de técnicas que estimulan la memoria y la imitación, las cuales desde nuestra perspectiva, no respetan el ritmo personal ni las interacciones autónomas y espontáneas, inhibiendo el proceso natural y afectando el desarrollo del programa interior.

Por ejemplo, suele ser una preocupación de la mayoría de madres y padres de la sociedad contemporánea, incluso en ámbitos que se autodenominan como "alternativos", querer que las niñas y los niños aprendan a leer y escribir, o realizar operaciones matemáticas, entre otros, cuando aún, incluso si se ha cumplido el primer septenio, por la calidad del entorno en el que crecieron y siguen creciendo, no se ha madurado adecuadamente algunas características del movimiento y el control del cuerpo, así como la conectividad del sistema nervioso central; razón por la cual realizar actividades que requieren enfoque, atención y el desarrollo del pensamiento abstracto, no resultan nada motivantes para ellos. Y es menos motivante y apasionante aún, cuando en la vida práctica y cotidiana esos conocimientos no tienen ni han tenido un espacio. Por un lado, no hay tiempos de calidad por parte de las madres y los padres para acompañar desde el ejemplo y el gozo este tipo de actividades o para involucrarlos en haceres prácticos del hogar a través de los cuales estas

habilidades se desarrollen. Y por el otro, no hay ambientes preparados en casa para actividades espontáneas de lectura y acercamiento a los libros y las historias, o para actividades espontáneas de cocina, construcción, organización, a través de los cuales puedan por sí mismos ir desarrollando el pensamiento matemático.

En el pensamiento hegemónico sobre la educación que existe en nuestra sociedad contemporánea parece que se ignorara y/o no importara si hay una maduración adecuada del ser, ni experiencias prácticas que le den sentido y desarrollen el gusto hacia conocimientos como la lecto-escritura o el pensamiento matemático. Sencillamente, este tipo de conocimientos, muchas veces desde un lugar insconsciente e incuestionable, se asumen como habilidades necesarias para la vida productiva durante edad adulta, las cuales desde muy pequeños se deben empezar a desarrollar, acelerando así un proceso de aprendizaje que, sin el afán de este sistema, podría darse de una forma más fluída, motivante y apasionante. No en vano en el sistema convencional escolar, en el cual nosotros aprendimos, a los 4 años de edad, momento en el que el ser está en una etapa en la que es importante el desarrollo del cuerpo y su movimiento, se inicia el proceso de aprendizaje de la lecto-escritura y el desarrollo de otros procesos abstractos, afectando la maduración neurológica y el desarrollo de su programa interior.

Desde muy temprana edad, en nuestras culturas occidentales contemporáneas se nos inhibe la necesidad de movimiento, de juego y de explorar, la cual es elemental en nuestro proceso de desarrollo, y se nos adentra en un contexto en el que, por el tipo de estructura de poder autoritario, se nos obliga a aceptar conocimientos inducidos, externos y en muchos casos, por no decir que en la mayoría, ajenos a nuestros contexto y nuestra realidad infantil, familiar y social. Este excesivo

afán, con halo de productividad, no respeta el ritmo de desarrollo de la infancia ni los ritmos individuales de cada ser. Por el contrario, desde este lugar que domina el pensamiento educativo de la sociedad contemporánea, está establecido un tiempo y una edad para que cada una de las niñas y niños adquieran unos conocimientos especificos de carácter académico. Esta estandarización obligada del conocimiento genera competitividad y un ambiente de cada vez mayor presión y estrés para los pequeños, especialmente para aquellos que por su personalidad, suelen tener la inteligencia, la habilidad y el gusto para el desarrollo de conocimientos menos teóricos y más prácticos, ártisticos y sociales, que no en todos los escenarios son valorados o considerados como exitosos en la vida productiva adulta de la sociedad del capitalismo neoliliberal que hoy nos domina, empezando así a cultivarse en muchas niñas y niños la inseguridad y la sumisión, o la rebeldía y el sin sentido de la vida. Estar ante estas condiciones mantiene activos los instintos de miedo y supervivencia, y por tanto estimula las interacciones de las áreas bajas del cerebro, lo que a su vez inhibe otras posibles conexiones con las áreas altas; resultando en una cada vez menor conectividad interior.

La configuración de este patrón mental desde la educación ha llegado a tal punto a adentrarse en nuestras subjetividades contemporáneas, que poder abrazar otras formas de acompañar el desarrollo de niños y niñas es una labor de profunda descodificación, incluso en los ambientes que se consideran “alternativos”. Así como una fruta cultivada con técnicas limpias, y abonos y fertilizantes orgánicos no cumple con el estandar en tamaño, color y forma, y por lo tanto no compite con las frutas producidas agroindustrialmente para ser ofrecida en las grandes cadenas y supermercados de las ciudades; así mismo surge el miedo y la inseguridad por parte de los adultos que sea adentran en el mundo de las educaciones “alternativas” e innovadoras, que sus hijos e hijas

no cumplan con los estándares que requiere la sociedad contemporánea, como por ejemplo, con los estándares de las universidades y del mundo acádemico el cual incuestionablemente se considera, por lo menos para la gran mayoría de personas, como el único camino de aprendizaje para que los jóvenes puedan sobrevivir en este mundo. Ante este miedo que surge a nivel inconsciente y que muchas veces es fomentado por la presión social de familiares y amigos igualmente imbuidos en este patrón mental, muchas veces las madres y los padres caen en el afán y empiezan a ejercer presión a sus hijos e hijas, y a la propuesta educativa de la que son "clientes" y por la que pagan un "servicio", para que esos conocimientos que se presentan como incuestionables, hagan parte del currículo para el aprendizaje de los niños; perpetuando ese patrón mental que los configura y el cual finalmente sigue manteniendo el miedo que sostiene al sistema hegemónico, cayendo en la posibilidad de descuidar esos otros conocimientos e inteligencias, y con ello el potencial humano de sus hijos e hijas.

En comparación con el aprendizaje desde técnicas que fomentan la imitación y la memorización a partir de conocimientos inducidos y que se han vuelto hegemónicos e incuestionables, el aprendizaje a partir de experiencias de vida en entornos relajados, exentos de presion académica y de estándares y currículos prestablecidos, y por el contrario con mucho juego, movimiento y exploración, experimentación, arte, literatura, manualidades y actividades de la vida práctica, con los cuales cada ser pueda ir encontrando y dandole lugar a sus gustos e intereseses y reconociendo sus cualidades y habilidades; es un proceso más lento y prolongado, pero seguro en el camino del desarrollo de la programación interior.

No tener afán ni ejercer presión, pero tener la confianza en el proceso propio de cada ser, es una de las condiciones que asegura un desarrollo tranquilo y una maduración neuronal adecuada. Por esta razón, la Pedagogía de la Semilla invita a las madres, padres y sembradores de humanidad en general, a confiar y respetar la capacidad de cada ser de ir tejiendo el conocimiento que es vital y tiene sentido para sí mismo, en la reación con los demás y su entorno. Permitir un proceso en el que se cultive la seguridad, la motivación, la exporación, la curiosidad, la creatividad, la pasión y el gusto por vivir, a través del cual cada una de las semillas pueda ir desplegando su innata habilidad de aprender y modificarse a sí misma, es el camino para desarrollarse en plenitud.